



## MEDICINA Y SALUD ENTRE LOS GRIEGOS

Dr. Pablo Adrián Cavallero

Doctor en Filosofía y Letras y Profesor Titular de Lengua y Cultura griega (UBA), Profesor Titular de Latín (UCA), Investigador Independiente del CONICET. Miembro de la Academia Argentina de Letras.

El texto más antiguo conservado de la literatura occidental, la *Ilíada* de Homero, testimonia ya el ejercicio de la medicina. En él aparece el verbo *íáomai*, 'cuidar, tratar médicamente', con el que se vinculan las maneras de decir 'médico' en griego: *iatér*, *íator*, *iatrós*, el tardío *íeteira* para la mujer, y las designaciones del arte, *tékhne iatriké* o *iatoría*<sup>1</sup>. El español conserva esta raíz en tecnicismos como 'pediatra, psiquiatra, foniatra' y sus vinculados. A su vez, el verbo latino que genera todos los términos españoles de la familia 'médico' es *medeor*, 'dar cuidados', como las formas más tardías *medico* y *medicor*<sup>2</sup>. Junto a ellos, el latín *curo* y el griego *therapéuo* dan el matiz 'curar'. Es relevante que la raíz indoeuropea \**med-* significa 'reflexionar, meditar', presente también en el griego *médomai*, y que se vincula con 'medida' y con 'modo'. Por este camino, la medicina requiere de la meditación, la búsqueda de modos y medidas.

La medicina era para los griegos antes un 'arte' que una 'ciencia'. De ahí que tuvo vertientes diversas que hoy llamaríamos 'curandería', 'taumaturgia' y 'medicina científica'. La primera dependía del 'chamán', mago o curandero, que gozaba de una fama especial, podía convocar a un lugar *ad hoc* y practicar un rito. La segunda es una curación milagrosa. La tercera se centra en la idoneidad del recurso curativo para determinado enfermo e implica tres actitudes: empírica (observación), racional

(el saber teórico) y fiduciaria (confianza o creencia en la efectividad del tratamiento). El saber teórico, en realidad, surgió y surge de la observación concreta y posibilita una 'medicina preventiva' que existió tempranamente como conjuro propiciatorio por parte de un chamán o como purificación exculpatoria religioso-política. Además, el saber médico colabora en el 'orden' social –y no sólo por la labor del psiquiatra– y es agente de esperanza para la humanidad.

Esa medicina científica tiene su nacimiento en la labor de Hipócrates y su escuela, quien se fundó en las observaciones previas de Pitágoras, Alcmeón de Crotona, Empedocles, Anaxágoras y Heródico de Selimbria. A él lo seguirán Dioscórides y Galeno, tan famoso este último que su nombre será sinónimo metonímico de 'médico'. Esas observaciones son las que aparecen ya en Homero: los médicos aplican hierbas curativas, hacen maniobras quirúrgicas o prescriben dietas; Odiseo fumiga con azufre el palacio donde perpetró la matanza de los usurpadores (*Odisea* XXII 480 ss.), como acción higiénica pero también de purificación moral. En Homero la enfermedad puede tener un origen traumático (herida de guerra, por ejemplo), ambiental (clima, droga) o punitivo (castigo divino o dolor inexplicable); de tal modo, la enfermedad es una dolencia del cuerpo que debilita al alma, la entrada de algo externo que lo altera o una 'posesión' divina en tanto desconocido su origen. De ahí que, más allá de toda observación y de toda técnica, el médico griego emplea también la catarsis o 'purificación' y el ensalmo o hechizo. Cuando Odiseo es herido por un

1 Cf. P. CHANTRAINE, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, Paris, Klincksieck, 1973, s.v.

2 A. ERNOUT – A. MEILLET, *Dictionnaire étymologique de la langue latine*, Paris, Klincksieck, 19513, s.v.

jabalí, los hijos de Autólico lo vendan pero también recitan un ensalmo mágico, *epodé* (*Odisea* XIX 457). Asimismo, la cura suele tener un complemento psicosomático: palabras que tranquilizan y deleitan, *terpnói lógoi*: Patroclo cura con hierbas la herida de Eurípilo, pero acompaña la terapia con palabras de encanto (*Ilíada* XV 392-4); Néstor hace algo similar con Macaón (*Ilíada* XI 643)<sup>3</sup>. También los dioses tienen su médico en el Olimpo: Paieon, que sana a Hades y a Ares (*Ilíada* V 401 y 889 s.). Apolo tiene el sobrenombre de Paion porque es sanador.

En la época clásica subsiste la idea de la enfermedad como castigo y la aplicación de ritos mágicos, por los que el médico era curador pero también purificador. Se erige en Atenas, por ejemplo, un templo a Asclepio, en el que los enfermos pasan una noche (*incubatio*) a la espera de que el dios o la serpiente que lo representa los curen<sup>4</sup>; también en este rito hay ensalmos, cantos mágicos que le habría enseñado el centauro Quirón a Asclepio. También el dios Dioniso era ‘liberador’ de males mediante un delirio de danza y vino y mediante las ‘palabras secretas’ de los misterios de Eleusis. También los órficos hacen encantamientos, como los pitagóricos y como Empedocles, y a los adivinos se los considera médicos. Pero el tragediógrafo Sofocles pone en boca de Ayante esta distinción: “No es propio de médico sabio cantar ensalmos ante una dolencia que requiere bisturí” (*Ayante* 581-2). Poco a poco, se abre paso la ‘medicina científica’. Con todo, hay que tener en cuenta que *phármakon*, ‘droga, veneno, remedio’, significa primeramente ‘hierba’; de tal modo el nombre destaca que todo remedio tiene una base en el conocimiento empírico de los efectos de las plantas, que pueden ser benéficos o maléficos.

Para los griegos, la salud (*hygíeia*) no puede ser lograda si no se trata el alma antes que el cuerpo. Así lo afirma Sócrates en el *Cármides* de Platón (156 D – 157 A), como aprendido de Zalmoxis. Hay que dar templanza al alma, mediante la palabra, que crea una confianza necesaria para la eficacia del remedio: la salud anímica es condición previa para la salud somática y se logra mediante la palabra racional o argumentativa, por un lado, y mediante la palabra irracional o mítica, que es persuasiva, por otro. El médico debe adecuar su palabra a la índole del enfermo para que éste confíe en él y en el remedio que le propone. La salud no es solamente equilibrio de potencias internas (Alcmeón) ni solamente una buena mezcla de elementos corporales (Hipócrates), sino que requiere en el alma ciertas convicciones, que son fuerzas intelectuales y morales que dan lugar a la buena disposición de los componentes somáticos (Platón, *Fedro* 270 B). Los hipocráticos destacan que la enfermedad es un desorden causado por acciones naturales, anómalas y violentas, que debe ser atacada no por magia o purificación sino mediante técnica. El médico debe saber descubrir con su observación aquello que el enfermo no puede decir. A pesar de esto, la escuela hipocrática nunca dejó de lado la palabra persuasiva porque reconoce la importancia de la psicoterapia para la curación del cuerpo. Es fundamental ganar la confianza del enfermo y mantener bien su estado anímico. La medicina, más que sanar en lo absoluto, debe descubrir hasta qué punto y cómo es sanable un enfermo. Esta conciencia griega de la relación alma-cuerpo para una verdadera salud reaparece claramente en el Evangelio: Cristo es llamado ‘médico’ porque, si aplica la medicina taumatúrgica o milagrosa para curar el cuerpo, ésta va precedida o acompañada de una sanación anímica. De ahí que, por ejemplo, el santo taumaturgo Espiridón de Chipre (S. IV) es reiteradamente llamado ‘médico’ y, por tanto, ‘imitador de

3 Cf. P. LAÍN ENTRALGO, *La curación por la palabra en la Antigüedad clásica*, Barcelona, Anthropos, 1987.

4 Aristófanes hace de esto una parodia cómica en su pieza *Riqueza*.

Cristo', por cuanto cura cuerpo y alma<sup>5</sup>. Con la misma fuente evangélica, las dietas platónica y judía que excluían las carnes son atenuadas con una dieta que admite la carne (no sacrificada a ídolos) y el vino (tomado con moderación, es decir, sin incurrir en borrachera)<sup>6</sup>, porque ellos también colaboran con la salud.

El médico suele aparecer en la literatura como un 'pedante', sobre todo en la comediografía de todos los tiempos. Pero también mereció que Maxence van der Meersch le dedicara su novela *Cuerpos y almas* (premio de la Academia Francesa en 1943), en la que destaca cuán relevante es la persona del médico que no olvida que, junto con el cuerpo enfermo, hay un alma doliente.

“La curación de un hombre enfermo, su restitución a la existencia normal, constituye siempre un 'hecho histórico', por humilde e innominado que sea el destino de ese hombre y por ajeno a la 'gran historia' que parezca ser el lugar de su vida”<sup>7</sup>.

---

5 Cf. P. VAN DEN VEN, *La légende de S. Spyridon, évêque de Trimithonte*, Louvain, Institut orientaliste, 1953.

6 Véase por ejemplo Clemente Alejandrino, *Pedagogo II*.

7 P. LAÍN ENTRALGO, *El médico en la historia*, Madrid, Taurus, 1958, p. 13. Más allá de las diversas y numerosas obras, relativas al tema, de este autor, catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Madrid, véase J. ALSINA, *Los orígenes helénicos de la medicina occidental*, Barcelona, Guadarrama, 1982.